

Resumen de la Meditación Luz del mundo

En esta segunda meditación estaremos centrados en la **“Luz del mundo”**. Dice Jesús en el evangelio: *“Vosotros sois la luz de mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los de casa”* (Mateo 5, 14-15).

Pocas imágenes son tan universales y tan profundamente humanas como la luz. La luz permite ver, orienta, da seguridad, vence la oscuridad, permite caminar. Cuando Jesús quiso describir la misión de sus discípulos no les dijo únicamente que anunciaran la luz o que hablaran de la luz, les dijo algo mucho más exigente: *«¡Vosotros sois la luz!»*. Es una afirmación sorprendente porque la **luz por excelencia es Cristo**. En el evangelio de Juan, Jesús dice: *«Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.»* (Jn 8, 12). El Señor quiere prolongar su propia luz a través de la Iglesia.

Los cristianos no poseen una luz propia. Reflejan la luz de Cristo. **Por tanto, su misión consiste en hacer visible en medio del mundo el rostro de Aquél que ilumina toda la existencia humana**. La luz existe para iluminar, no existe para sí misma. Su razón de ser es disipar la oscuridad. Por eso esconder una lámpara es una contradicción. **La fe tampoco puede ocultarse**. No puede reducirse a una experiencia privada, no puede encerrarse en el ámbito de la conciencia, **está destinada a irradiarse**. **Quien ha encontrado a Cristo descubre un tesoro demasiado grande para guardarlo exclusivamente para sí**. ¿Recordáis la escena de Emaús? Cuando lo reconocen al partir el pan Jesús desaparece y dicen ellos: *«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?»* (Lc 24, 13). Y de inmediato se ponen a correr hacia Jerusalén. Recordemos que la cena se produce ya habiendo atardecido. O sea, que se ponen a correr hacia Jerusalén de noche sin ver nada. **Pero la luz ya la llevaban dentro**.

Otra característica de la luz es que se refleja. **Cristo es la luz y la Iglesia es el candelero**. La Iglesia está llamada a sostener, proteger y reflejar a Cristo que es la verdadera "luz del mundo". Por eso **toda evangelización auténtica orienta a Cristo**. Otra cosa es que a través de un santo o santa, fundador o fundadora de orden religiosa, sea cauce de luz y podamos llegar a Cristo que es la meta. **San Juan Bautista** comprendió perfectamente cuál era su misión. Cuando todos empezaban a admirarlo relata el evangelio de Juan: *«No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz»* (Jn 1, 8). Por tanto, no anunciamos nuestras ideas o proyectos meramente humanos, no anunciamos una ideología, **anunciamos a Jesucristo**. Lo decía **San Pablo a los Corintios**: *«No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor»* (2 Cor 4, 5).

Otra característica de la luz es que desenmascara las tinieblas, revela y demuestra la realidad tal y como es, buena o mala, agradable o no. Por eso la verdad suele resultar incómoda. Lo vemos en el evangelio de Juan: *«La luz vino al mundo y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz»* (Jn 3, 19). Por tanto, deberíamos ser como dice **Romano Guardini**^[1] sacerdote y pensador alemán: *«la Iglesia despierta en las almas»*. **En las almas que se dejan iluminar, esa luz despierta dentro del corazón, que es la fe: la fe de la Iglesia**. Por tanto, la Iglesia no puede renunciar a su dimensión profética. Los mártires de todos los tiempos comprendieron esta realidad. No murieron por opiniones personales. Entregaron la vida porque la luz de Cristo chocaba frontalmente con las tinieblas del pecado y del poder. Eso es un mártir.

¿Cuál es el gran enemigo de la luz? Si antes el enemigo de la sal era la mediocridad, ahora **el gran enemigo de la luz es el miedo**. A menudo no es que dejemos de tener fe, simplemente dejamos de brillar por miedo al rechazo, al ridículo, a parecer diferentes, a ser señalados. Sin embargo, los apóstoles nos enseñan otro camino. Pedro negó a Jesús durante la pasión, pero poco después de Pentecostés proclama públicamente: *«No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído»* (Hch 4, 20). Y en la **primera Carta de Juan**: *«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo.»* (1 Jn 1, 1-3)

De **San Francisco de Asís** dicen los que le conocieron, sus contemporáneos, que transformaba a los que se encontraban con él. No poseía riquezas, ni tenía poder, ni ocupaba cargos públicos. Sabemos que incluso se quedó desnudo delante del Obispo y de su padre para mostrar un signo de libertad y de emancipación de ese estado de vida. Sin embargo, **iluminó Europa porque reflejaba a Cristo**. Decían de él que parecía otro Cristo caminando por los caminos de Italia. Eso es evangelizar, hacer visible a Cristo. Por eso, **San Carlos Borromeo**^[2] cuando predica a

los sacerdotes les dice: «no descuides tu propia alma, si quieres dar luz a otros primero debes estar encendido». **La Iglesia está llamada a ser en la sociedad un faro en medio de la noche.**

A lo largo de veinte siglos y aún hoy en muchos países se persigue a la Iglesia, se persigue al cristiano. Sin embargo, la Iglesia sigue siendo una luz para millones de personas. No porque sus miembros seamos perfectos, sino **porque Cristo es la luz que permanece en ella**. Como enseña el Concilio Vaticano II en la constitución dogmática **Lumen Gentium: Cristo es la luz de los pueblos**. Toda la misión de la Iglesia consiste en reflejar esta luz, no sustituirla ni ocultarla. Preguntémonos, ¿la luz de mi fe brilla o permanece en la oscuridad? Nuestra sociedad necesita parroquias que sean luz, familias, sacerdotes, laicos, vida consagrada que sea luz. **La victoria sobre el mal no consiste principalmente en enfrentarse a él, sino en permanecer y perseverar en una relación vital con Cristo. Eso es lo que te hará fuerte ante el mal.** Una relación vital como el sarmiento unido a la vid.

Hans Urs von Balthasar ⁽³⁾, gran teólogo católico afirma: «**La iglesia posee una forma que solo es bella cuando remite a Cristo y no a sí misma**». A veces pensamos que ser luz significa resolver todos los problemas, pero **la luz no hace desaparecer la noche, la hace habitable**, permite caminar dentro de ella. Un faro no calma la tormenta permite atravesarla sin sufrir accidentes. Pidamos al Señor que haga realidad en nosotros la oración del Salmista: «**El Señor es mi luz y mi salvación ¿a quién temeré?**» [Salmo 27 (26)]. Por eso el peligro de la luz es el miedo. Dice Jesús en el evangelio de Mateo: «**Brille así vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras, y glorifique a vuestro Padre que está en los cielos**» (Mateo 5, 16)

A partir de la luz me gustaría transmitir algo sobre **la Transfiguración**. El cristiano no refleja simplemente a Cristo está llamado a transparentarlo. En la **espiritualidad occidental** solemos insistir mucho en imitar a Cristo, como enseña el libro de Kempis, sin embargo la **tradición oriental** va un paso más allá, **habla de participar de su luz**, de la luz de Cristo y en el pasaje de la Transfiguración no ocurre simplemente que Jesús se ilumina, sucede algo mucho más profundo. **Los discípulos contemplan por un instante la gloria que siempre había estado ahí. Cristo no cambia, lo que cambian son los ojos capaces de verlo.**

La gran intuición oriental de **Máximo el Confesor** (s. VII) nos hace plantearnos algo mucho más profundo: ¿Por qué Cristo no dice simplemente que llevamos la luz, sino que somos luz? El cristiano no es simplemente un mensajero externo de Dios sino **alguien llamado a participar realmente de la vida divina**. San **Gregorio Palamás** ⁽⁴⁾ (s. XIII), afirma que la luz del Tabor (*luz tabórica*) no era una luz física, era la energía divina, la vida misma de Dios comunicándose, no una metáfora sino una participación real; entonces adquiere un significado nuevo aquello que Jesús dice: «**Vosotros sois la luz del mundo**», no está diciendo sed buenas personas, lo que nos está diciendo es: **dejad que la luz que habita en Cristo atraviese vuestra humanidad**. Participar de la luz de la vida divina para un cristiano oriental es muy importante.

Nosotros vivimos en una cultura rodeada de pantallas; nunca ha habido **tanta luz** y sin embargo nunca ha habido **tanta oscuridad interior**. **Existe una gran diferencia entre iluminar una habitación e iluminar una existencia**. Los iconos orientales nunca representan una luz que viene desde fuera; **la luz nace desde dentro del rostro del icono**, porque la imagen que está representada ya participa de la gloria futura. **La santidad es hacer brillar la luz recibida en el bautismo.**

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.



*Resumen de la Meditación "Luz del mundo" del Retiro Espiritual
Dirigido por D. Antonio Manuel González Salvador.
19-21 junio 2026
Casa de Espiritualidad santa Mónica*

(1) Romano Guardini: "El sentido de la Iglesia" publicado en 1922

(2) San Carlos Borromeo: "Sermón en la Diócesis de Milán" (1584)

(3) Hans Urs von Balthasar: "La Gloria del Señor" (1961)

(4) San Gregorio Palamás: "Tríadas" movimiento Hesicasmo (1341)